

## UNA CAMPESINA DE HEUBERG

*Evelyn Gillmeister-Geisenhof*



*Campesina de Heuberg alimentando a su ganado*

**M**aría Oertel nació en Heuberg en 1922, y fue la segunda hija de una familia propietaria de la finca más grande del lugar; hasta ahora se usa el nombre de la casa, "Stoabauern", cuando se habla acerca de la finca o sus habitantes. La "Stoabauern" tenía alrededor de 15 ó 16 hectáreas, según se desprende de los libros de cuentas de Christian Müller, abuelo de María Oertel.

Ya en 1889, un año después de la boda del abuelo, trabajaban en la finca los de la vieja generación, la nueva pareja, un peón, una criada y una doncella. En ese entonces se acostumbraba con el matrimonio unir dos fincas del mismo tamaño, que pasaban a ser propiedad de la pareja; a su vez, los padres se retiraban a la "cabaña", como se llamaba a la casa pequeña donde viven los ancianos de la finca. María

Oertel creció con su hermano, dos años mayor que ella, en una estructura tradicional.

Heuberg es una aldea muy pequeña, con solo diez casas, teniendo un contacto muy estrecho con los pueblos vecinos. La familia Köberlein (padres de María Oertel) así como las otras de Heuberg acudían a la iglesia, al cementerio y a la modista de Suffersheim; la enseñanza para la confirmación tenía lugar en Neudorf, lugar de donde buscaban también a la comadrona para los partos en Heuberg. Para celebrar reuniones sociales existía un restaurante rural, hoy desaparecido. María Oertel fue a la escuela en Suffersheim entre 1928 y 1936. Con la Confirmación terminó el tiempo de escuela y también el de la infancia. La Confirmación era un acto muy importante en la vida de cada persona, pero también

para toda la comunidad. Era la principal fiesta, después de la boda y abría siempre una nueva etapa en la vida. Sofía Köberlein le dijo a su hija que debía disfrutar de la Confirmación, ya que sería el día más bonito de su vida, más hermoso incluso que el del matrimonio.

María Oertel piensa a menudo en estas palabras y solo puede confirmarlas. Realmente, en la Confirmación, ella fue por primera vez la figura central de la familia y fue el umbral para convertirse en adulta con todos los derechos y todas las obligaciones. Los preparativos giraron exclusivamente alrededor de su fiesta y solo se celebró para ella. Recibió nuevos vestidos, que había cosido la modista Rottelberg en Suffersheim, hornearon pasteles que ella repartió, y recibió el dinero regalo de la Confirmación -más de 30 marcos-. A pesar del tamaño relativamente grande de la finca, los ingresos en aquel tiempo habían sido muy bajos, por ello su madre estaba alegre, ya que con el dinero

de la Confirmación de María pudo pagarle a la criada en Pascua lo que le debía desde la Candelaria. Esta fue para la confirmante su primera experiencia de obligación de adulta. Después de su Confirmación, María Oertel trabajó en la finca de sus padres y gracias a su trabajo se pudo ahorrar una criada. Desde muy niña caminaba con su madre una vez por semana a Weißenburg. Recuerda que su madre llevaba a la espalda un cesto con huevos, manteca y mantequilla para personas particulares de la ciudad. Después de la venta de estos productos, compraban en el camino de regreso sal, azúcar, café, textiles, cintas, tela, lana y cosas parecidas.

En las fiestas patronales, la familia visitaba alguna vez a los parientes que vivían en pueblos de los alrededores, como Dattenheim, Holzingen, Haardt y Osterdorf. Durante su infancia y juventud, María Oertel nunca pudo ir más lejos.

A los 17 años, después de finalizar la escuela dominical, pudo María ir a los bailes y al cine: "a



*María Oertel conduciendo su tractor en compañía de campesinas aymaras*

estas diversiones íbamos siempre todos juntos, en el camino la pasábamos muy bien”, se entusiasma todavía ahora recordando aquellos grupos. “Ahí íbamos la joven generación de Heuberg a Haardt, a Suffersheim, Neudorf y Weißenburg, todos a pie”.

Tenían una bicicleta en la finca, pero la joven María la utilizaba únicamente cuando hacía recados; por ejemplo, cuando llevaba a Weißenburg, sin ayuda de su madre, los huevos y la mantequilla a las “señoras de la manteca” -como llamaban a las clientas-, o cuando en la fiesta patronal, en Osterdorf, ayudaba alguna vez a sus parientes en el restaurante.

María Oertel pasó su juventud marcada por pesados trabajos agrícolas y por las cortas alegrías dentro de la comunidad campesina. En 1939, cuando tenía 17 años, comenzó la II Guerra Mundial, que supuso también en Heuberg todo un proceso de cambios. Durante el primer año de la guerra, su hermano fue alistado como sanitario y se le dio por desaparecido desde 1944. Entonces faltaba un trabajador y al igual que en las otras fincas, tuvieron las mujeres de “Stoabauern” que asumir las actividades normalmente realizadas solo por los hombres.

En las grandes fincas, entre las que se encontraba la “Stoabauern”, se araba la tierra generalmente con caballos, pero estos fueron reclutados con fines militares, por lo que la forma de trabajo se hizo mas pesada, ya que entonces tenían que enganchar los bueyes y las vacas al arado y a los carros, tal como se hacía en las pequeñas granjas.

A los dos años del estallido de la guerra se asignó a los campesinos trabajadores forzados, provenientes de los países ocupados del Este. Así se produjeron por lo general los primeros contactos cercanos con gente de otras culturas. Annie, una polaca de 28 años llegó de esa manera a “Stoabauern”. Para María Oertel el acceso humano a “su polaca” -como le gusta llamarla-, no fue difícil, ya que no hubo ninguna barrera lingüística que superar. La educada polaca hablaba un perfecto alemán, que había aprendido en una escuela alemana de Polonia. En su equipaje Annie tenía mucha ropa bonita, como

blusas y otras prendas bordadas a mano. Realmente, cuenta María Oertel, “su polaca” había llevado cosas muy lindas. Recuerda a Annie con alegría, pues llegó a ser una verdadera amiga para ella, casi una hermana. Era de religión católica, lo que no se convirtió en obstáculo para que la acompañase los domingos a la iglesia evangélica. Naturalmente sentía una gran nostalgia y quería regresar a su casa y a su patria lo más pronto posible. Al principio fingió enfermedades por esa razón. Cada vez que debían marchar al trabajo en el campo, Annie sencillamente se desmayaba y quedaba como sin conocimiento; todos estaban asustados, hasta que se descubrió el secreto...., Quería regresar a su país. Annie estuvo en la finca hasta el fin de la guerra, pasando después a un campo de refugiados en Weißenburg. Desde allí todavía visitaba Heuberg con una médica americana, llevando pan y otros alimentos. En 1946 regresó a Polonia. El mismo año envió una postal sin remitente. Esas líneas fueron lo último que María Oertel supo de “su polaca”.

En 1943 llegó a “Stoabauern” un albanés para ayudar en la cosecha. María Oertel tuvo que ir a recogerlo en bicicleta a Weißenburg. Cuando vio al albanés se llevó un susto de muerte. Tenía una apariencia muy extraña, con la piel muy oscura y las ropas completamente distintas a la usanza del lugar. Especialmente le dio miedo la alta estructura que llevaba sobre su cabeza -un turbante-. No podía comunicarse con él porque no entendía el alemán. Había un abismo entre estas dos personas que inesperadamente se encontraban frente a frente. El camino de Weißburg hasta Heuberg atravesaba el bosque y el miedo de María Oertel se hizo casi insupportable. En su desesperación le dio al albanés la bicicleta para que la llevara de la mano, mientras ella agarraba un garrote. Se alegró cuando se vio nuevamente en casa, entre los suyos; allí no parecía todo tan espantoso. Más bien, tuvo que reconocer que no solo ella se había asustado, sino que también el joven extranjero había sido presa del miedo: no comía, no aceptaba dormir en ninguna cama y se ocultaba con los animales en el establo.

Rápidamente el terror se convirtió en lástima. Otro

trabajador forzado, ucraniano, pudo finalmente traducir las desgracias del albanés. Contó que mientras trabajaba en el campo en su pueblo natal, lo habían detenido los soldados alemanes, subiéndolo a un camión para transportarlo hasta Heuberg. Lo peor para él era que no había podido avisar a su familia, ya que en su casa lo esperaban su mujer y su hijo pequeño. El ucraniano y los habitantes de la finca pudieron convencerle para que al menos comiera algo, pero no quiso dormir en una cama. El albanés no se quedó mucho tiempo, ya que después de la cosecha fue trasladado a Nuremberg para remover los escombros de los bombardeos.

La destrucción provocada por la guerra en Nuremberg y otras ciudades alemanas aumentó la población civil bombardeada, la cual fue evacuada a zonas menos peligrosas. Personal de la oficina de refugiados iba casa por casa dando órdenes para confiscar habitaciones, especificando de qué manera y en qué cantidad debían ser confiscados específicamente para los refugiados. En "Stoabauern" fueron destinados para este fin dos cuartos, uno en la cabaña y otro en la casa principal. Después de la muerte de la abuela, en 1942, en la cabaña vivía el abuelo, mientras en la casa grande lo hacían María Oertel con sus padres y la polaca Annie. Naturalmente nadie estaba entusiasmado con esta instalación forzosa, que significaba incomodidades para todos.

Así fueron acomodadas entre 1944 y 1964 nueve familias, con un total de 44 personas en "Stoabauern". Las primeras familias eran evacuadas del Sarre y de Nuremberg; después llegaron refugiados de los Sudetes y de Silesia. Aun cuando no fue siempre sencillo por la gran penuria que había, especialmente en la posguerra, se mantuvieron unidos y eso fue lo mejor que pudieron hacer. Los evacuados y refugiados estaban en la más amarga miseria, tenían que empezar todo de nuevo. Ayudaban en la finca y al hacerlo se aseguraban al menos una comida. Algunos se emplearon como jornaleros o criadas y obtuvieron un ingreso regular. La mayoría de las familias tenía niños pequeños; algunas mujeres estaban embarazadas y

parieron en "Stoabauern". Se originaron nuevas amistades y familias. Así conoció María Oertel a su marido, Gunther, que había llegado primero donde su hermano en Haardt y después trabajó como jornalero en "Stoabauern". En 1960 vivía todavía una familia de refugiados con los Oertel; todos los otros habían podido reconstruir su vida.

En 1963 un rayo cayó en la vivienda y quemó todo el establo y el granero, hasta los cimientos. Entonces la última familia de refugiados se alojó en la casa del pastor, hasta que se pudo construir la nueva casa. El matrimonio vivió en ese tiempo en la cabaña de una finca vecina junto con sus animales, mientras la madre fue recogida en la granja Schnitz. Los habitantes de "Stoabauern" ya conocían esa situación, viviendo con otros, como los forasteros a los que habían acogido en los últimos años.

La última familia de refugiados vivió un año en la casa nueva, hasta que finalmente pudo mudarse a una casa propia. A pesar de la pobreza y las estrecheces, durante esos años hubo también una gran unión y muchas cosas buenas. De esta fuerte unión surgieron muchas relaciones y amistades entre los forasteros y los nativos del pueblo. Después de la guerra todos iban a bailar a los pueblos vecinos. En el invierno todo regresó a la "normalidad"; tuvieron nuevamente un cuarto para tejer, para hacer trabajos de artesanía, para tocar música y bailar. Los hombres se encontraban después del trabajo para beber cerveza y jugar a los naipes en la finca Weislein.

El contacto entre María Oertel y las familias refugiadas profundizó amistades que continúan hasta hoy y que en algunos casos se han transmitido a los descendientes. Con casi todas las familias existe una gran amistad, "...nos intercambiamos cartas, unos y otros nos telefoneamos y nos visitamos mutuamente", reflexiona María. Desde la II Guerra Mundial, María Oertel tuvo que vivir y trabajar conjuntamente con personas extrañas y siempre le quedó claro que esas personas, al igual que ella, tenían costumbres, problemas y miedos, pero también amistades y alegrías.